



## **EL AVION BUENO QUE UN DIA BOMBARDEO CON POLVORONES**

Los aviones de guerra se han hecho para matar. Son aparatos elegantes y fríos, que machacan coreanos, vietnamitas o camboyanos de igual forma que nosotros pisamos hormigas, es decir, sin inmutarse. El piloto está demasiado lejos como para sentir horror, asco o tan siquiera incomodidad. (Nosotros a las hormigas tampoco las oímos quejarse. No es como cuando nuestro coche revienta un perro, que oímos el golpe seco, vemos cómo la sangre salpica hasta el parabrisas y dejamos atrás el desagradable amasijo de carne). El asesinato aéreo pertenece a la criminalidad de guante blanco. El piloto puede ir sacándose mocos hasta el momento mismo en que su bombardero sobrevuela el objetivo. Luego todo es cuestión de accionar un mando. Unos cientos de metros más abajo estallarán cráneos, volarán piernas, manos y muñecas de niña huérfana, y el llanto anegará lo que hasta hacía unos segundos era un poblado. Pulcro, caballeroso y fiel cumplidor de su deber, el piloto aún tendrá tiempo de fumarse un pitillo y esculpir volutas de humo en el aire de su carlinga mientras vuelve a la base para recibir los parabienes de] mando. Misión cumplida.

Como la guerra ha sido pregonada por la literatura heroica de mi niñez como una hazaña en la que todo hombre que se precie debe participar, los juguetes bélicos tenían y tienen aún un gran prestigio. Con pistolas de pistones, escopetas de corcho y puñales de goma, los de mi generación iniciamos al Leviathán que todos llevamos dentro. Algunos mataban con más fe que otros. A mí me faltaron armas. Los Reyes Magos de mi casa siempre fueron pacifistas pero me sobraba sed de sangre. No sólo me parecían más propios de machotes los juegos violentos, pese a que nunca tuve media galleta, si no que consideraba imprescindible para ser hombre matar. Matar lo que fuese: lagartijas, pájaros, cucarachas, ratones. Pero demostrar fortaleza aniquilando un ser vivo.

Durante mucho tiempo creí que los animales no tenían categoría que justificara

su indulto. Creo que si hubiera progresado en esta filosofía me habría convertido en una bestia sanguinaria, pero fue una lección vivida en mi propia carne la que me obligó a cambiar. Como yo era enciende y debilucho, muchos de mis compañeros de clase se aprovechaban y me sacudían de lo lindo. Aquello, la verdad, no me gustaba absolutamente nada. Entonces se me ocurrió imaginar lo que deberían padecer los animales que caían en nuestras manos. Los pobres no aguantaban sólo unos puñetazos y unos tirones de pelo. Las desdichadas criaturas pagaban con su vida. Sólo pensar en la lejana posibilidad de que aquellos cabrones pequeñitos Antonio Plaza, Nacho Apotinario y otros que luego fueron buenos amigos me cortaran la cabeza, me arrancaran los ojos o, simplemente, me quitaran la vida como si fuera una sabandija, modificó mi forma de pensar. A partir de entonces fui un pacifista casi insultante para los numerosos provocadores que, como todo el mundo, he ido encontrando por la vida. La primera y única pelea seria que recuerdo, data de cuando tenía ocho años aproximadamente. Mi contrincante fue Antonio Muñoz Rojas, hoy excelente amigo, y el motivo una querrela por una pelota en un lance futbolístico. Hubo sangre, ví las estrellas y acabé llorando. Poco precio para tan largo período de paz.

A estas alturas no voy a ser tan fatuo como para achacarlo todo a mi incorruptible pacifismo. En veinte años ha habido muchos majaderos a los cuales he sentido deseos de partirles la cara. Digamos que mis convicciones se apoyaban también en un elemental raciocinio: ¿Qué pasaría si el otro fuera más fuerte que yo?. La perspectiva de salir perdiendo me ha aconsejado siempre mantener la flema. Y si bien no he conquistado a ninguna mujer por mi gallardía y mi arrojo, he conseguido legar a mis sucesores la visión del mismo redondo y liso rostro que heredé de mis padres.

Porque comulgaba en estas mismas ideas, o porque no le iba nada en la guerra, a mi avión de hojalata le ocurrió algo que para cualquiera de sus colegas sería denigrante. Al pobre lo degradaron, y de avión que vuela pasó a la categoría de avión que se arrastra por el suelo. En la parte superior de su modesto fuselaje hay una especie de chimenea cilíndrica cuya utilidad tardé en comprender. Se trata del ajuste de un palo, hoy desaparecido, con el que

los niños dirigían el avión sin tener que agacharse. Una rueda dentada que está situada en medio del tren de aterrizaje hacia vibrar una lengüeta de metal flexible. El gruñido de esta pieza, que no el fragor de las bombas, ha sido lo único que le habrá recordado al avión degradado su parentesco con algo tan molesto para el oído como la guerra.

Dada la bondad de miras que debe presidir la vida de cualquier juguete, me imagino que el avión fue separado del servicio por haberse negado a despachurrar enemigos.

- Mire usted ¿pretextaría el piloto-, mi comandante, a mí no me gusta la violencia. Qué se yo, me da pena de las madres que se quedan sin hijos, y de los hijos que se quedan sin madres. Mi primo Gerardo perdió a la suya cuando tenía cinco años, y nunca se recuperó del trauma...

- ¡Teniente!. Está en juego el honor de la patria.

- Mi comandante, usted perdone, pero ¿qué le va a la patria en la muerte de unos pobres diablos que ni siquiera conoce?. Yo estaría dispuesto a bombardear a un sádico que hubiera violado a su hija..

- ¡Teniente!            Mi hija es una santa.

- ¡Claro!, mi comandante. Es un ejemplo, para que entienda mi postura. ¿Es que usted no le volaría la cabeza al violador de su hija?

- Sí, naturalmente...

-¿QUe?, en esto estamos de acuerdo. Pero hay gente que no ha violado ni a la hija de un cabo. La mayoría no ha hecho nada. Tienen los ojos achinados, e ignoran a qué sabe la Coca-Cola, pero eso no constituye un delito demasiado grave, se lo aseguro.

Cuando el comandante está a punto de estallar, suena la alarma ordenando a los pilotos que suban a los aviones.

- Teniente. El objetivo es aniquilar el poblado. Está en juego la civilización

occidental y el honor de la patria. Suerte

A bordo del avión, el piloto debió pensar que poco honor podría aportar a la patria y menos gloria a la civilización Occidental la muerte de familias enteras. En vista de lo cual el piloto decidió cambiar la carga mortífera por algo mucho más grato y nutritivo, como son los polvorones. El poblado entero con asombro que del cielo llovían misteriosos pequeños objetos envueltos en papel de seda. Cuando el más audaz desenvolvió uno de ellos y lo probó, gritó alborozado.

- ¡Malukachi!, imalukachi!. (Que sin duda significa: ¡polvorones!, ¡polvorones!).

El "raid" había quedado convertido en una caricatura belicosas tronómica.

Por esta razón el avión ha perdido a los ojos de muchos niños sanguinarios el encanto de un auténtico bombardero. Se ha convertido en un avión "de mentira", digno únicamente de un niño gilí o enfermito. A mí particularmente me gusta, y eso que he conocido aviones de verdad, que despegan vuelan a ocho kilómetros de altura y aterrizan. La verdad es que la prueba de haber viajado en ellos no le hace a uno más maduro, como se piensa en un principio. A los que nos hemos sentido muy pequeños, el hecho de volar en un reactor, como un ejecutivo importante, nos parecía algo así como la consagración, la alternativa. El dejar el estado de alevín para ingresar en el de senior".

Esas eran mis esperanzas cuando subí por primera vez a uno de ellos. Dejaba mi casa para trasladarme a Barcelona, donde tenía que trabajar y vivir yo solito. Por fin me iba "hacer mayor". ¡Ya era hora! Casi da vergüenza que uno esgrimiera estas ideas con cierto orgullo cuando ya había cumplido nada me nos que veintiún años. Pero lo cierto es que así era. Mis amigos, tan burguesitos como yo, se quedaban aquí estudiando y viviendo de la sopa boba. Yo era el audaz, el aventurero, el joven que sale a darle dentelladas a la vida. Increíble, pero certísimo.

En Barcelona esperaba curtir mi tierna piel. "La vida tiene mucho que enseñarte" me decía casi todo el mundo. "Aprenderás a trabajar, a desenvolverte por tu cuenta, a ser hombre". En mi absurda soledad, estúpidamente entregado a un trabajo dirigido por uno de los tipos más sonrojantes que he conocido en mi vida, pensaba qué lejos estaba mi nueva vida de la

apasionante novela que soñaba. Alquilé un piso junto a un muchacho listo, pero demasiado confiado en sus posibilidades, y un alemán-español de no muchas luces y peor genio. Ambos convirtieron nuestro piso en un lupanar de poca monta por el que desfilaron cursis, sirvientas, modelos y dependientas. Sólo en una habitación logró mantenerse la virtud: era la mía, por supuesto. Allí pasaba yo las tardes dominicales estudiando Derecho Mercantil, mientras Frank Sinatra susurraba "Strangers in the night" y mis amigos se estrujaban contra aquellas esponjas de colorete y pachuli. A veces requerían mi colaboración, para despachar los clásicos cardos, que también florecen entre las casquivanas. Pero mi proverbial encogimiento me hacía manjar poco apetecido, y yo sentía una cierta repugnancia por aquellas chicas a las que le seducía más el oro del alemán y la desvergüenza del arribista que mi aséptica manera de concebir el amor.

A los ratos de soledad desesperada sucedían crisis neurasténicas que a menudo nos impulsaban a actuar irracionalmente. Yo estaba entonces perdidamente enamorado de una jovencita con la que me carteba, pero ella en Madrid vivía de otros alicientes que le hacían olvidar la distancia. Entre la angustia y mi innata inclinación al disparate, había veces que me arrancaba bailando yo sólo como una Paulova, o llorando con la voz y las lamentaciones de una viejecita abandonada en el asilo. Mi amigo el trepador caía también en profundas depresiones, de las que le animaba a salir invitándole a que se incorporara a mis delirios de ancianitas. Cuando lo hizo, notó que su ánimo sonreía. Posteriormente fabrico con los restos de una radio vieja un ingobernable aparato que hacía sonar un timbre, encendía la luz y movía extraños mecanismos. Una vez que lo hubo pintado de blanco y amarillo, podía pasar perfectamente como una explosiva muestra de "pop art", por lo cual decidimos bautizarlo con el nombre de "Niño muerto sin flores". El alemán, más sereno y menos sensible, nos miraba con cierto escepticismo, y rara vez caía en un estado de "nirvana" como el que confortaba nuestro espíritu. Con toda su educación y su indiscutible superior categoría intelectual y social, tenía mucho menos encanto para mí que el original Tomás, hijo de un humilde policía armado. Además arrastraba una servidumbre que hacía de la convivencia con él un auténtico martirio: su olor de pies. Cuando se descalzó por primera vez en mi presencia sentí que dos zanahorias podridas se adueñaban de mis narices.

Que nunca mis pies ni los de mis hijos huelan como los de este tu siervo Enrique que ahora me obsequia con sus zanahorias podridas', rogué calladamente.

Tras seis meses de estancia en aquel mundo nuevo, me di cuenta de que no había

descubierto absolutamente nada. Barcelona aún quedaba casi virgen, esperando ser disfrutada por un Luis algo más despabilado, menos dubitativo y también menos ocupado por los estudios. En mi trabajo sí aprendí algo importante: que hay muy poco que aprender. Bastó darme cuenta de cómo era mi jefe -uno de los "líderes" de la profesión para darme cuenta de que la churrería o la fabricación de alcayatas me ofrecían mejores perspectivas que la publicidad.

A la hora del retorno estaba decepcionado, porque mi aventura de ser un hombre había fracasado estrepitosamente. Acabé peleón dome con el déspota del jefe, y renegando de sus métodos y de su apestoso cinismo. Volvía además con las manos vacías, sin haber hecho nada práctico -salvo sacar adelante unas asignaturas que pudiera justificar mi estancia. Por si fuera poco, me sentía triste y solo, porque la noviecica a quien tanto había escrito se había esfumado definitivamente.

En el avión de regreso pensaba cuántos tópicos barajamos en nuestros argumentos, y de qué manera me habían influido éstos cuando con mi equipaje de ilusión embarqué en Barajas. Sólo seis meses después, aquél avión de tan trascendente significado para mí me parecía falso, de juguete, de mentirijillas. A bordo de él había aterrizado en una fase de mi vida que yo creía importante, y que resultó ser un gigantesco camelo. Ahora, la experiencia sobre mis hombros, lo veía todo con claridad. Y el poderoso reactor, símbolo del súper ejecutivo brillantes de nuestros días, se me antojó tan vacío e inocente como el avión de hojalata que un día fue condenado a no volar por olvidarse de las bombas y bombardear con exquisitos polvorones.

Luis Figuerola-Ferretti Gil